



Casco del reinado de Francisco I

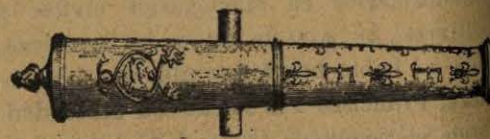
tales dominios y pairías, de cuya herencia fueron excluidos los segundones y las hijas. PAIRÍA Y ARISTOCRACIA CON TÍTULOS.— Los pares de Francia recordaban á aquellos grandes feudatarios que en otro tiempo habían cedido la corona á la casa de Capeto. Ahora es el rey quien crea las pairías. Queda ya muy poco de los doce pares primitivos. Los pares eclesiásticos siguen siendo los preladados-duques de Reims, Laon y Langres, y los preladados-condes de Beauvais, Chálons y Noyon; pero de las seis antiguas pairías laicas se han extinguido las cinco de Borgoña, Normandía, Guyena, Tolosa y Champaña. Aunque existe todavía la pairía de Flandes, poseída por un monarca poderoso como Felipe el Hermoso ó Carlos V, cabe considerarla como ajena á Francia, á pesar de los deberes de aquellos príncipes respecto á la corona. Los nombres de las primitivas seis pairías laicas no figuraban más que en la consagración del rey, en cuya ceremonia eran representadas por señores de menor importancia.

La monarquía instituyó nuevas pairías laicas, sin sujetarse al número de seis exigido por el Parlamento. Además, aunque fueran más numerosas, hacíase de modo que sólo hubiese seis pares de Francia, perteneciendo varias pairías al mismo señor, ó adjudicándolas como dote á una princesa. Las pairías más importantes creadas fueron desapareciendo como las primitivas. Las nuevas se fundaban en Estados mucho menos considerables que los antiguos grandes feudos, y siempre que una ciudad ó una tierra produjera 6.000 libras de renta podía erigirse en pairía. Los reyes otorgaban los títulos á quienes les placía: primero á los príncipes de sangre real, después á los príncipes extranjeros que buscaban fortuna en Francia, porque los monarcas gustaban de

atraer á su corte á los grandes de otros países. Aprovechándose de la desgracia en que habían caído los duques de Borbón y Alençon, los segundones de Lorena Cleves y Saboya se elevaron al mismo tiempo que los legitimados de Orleans-Longueville, llegando los dos primeros á pares de Francia. Por último, Montmorency fué el primer barón que alcanzó esta dignidad, por no haber tenido efecto los anteriores nombramientos hechos por Francisco I en favor de personajes que no eran príncipes.

He aquí los privilegios de los pares: Seguían inmediatamente después de los príncipes de sangre real, cuando no lo eran ellos, y precedían á toda la nobleza. La pairía tendía á ser la recompensa suprema ofrecida á la aristocracia francesa. Creaba derechos honoríficos, entre otros el de asistir á la consagración del rey; por eso los nuevos pares se consideraban de categoría igual á la de los electores del Imperio. Tenían asiento en el Parlamento, que no entendía en sus procesos hasta que hubiera bastantes pares en el tribunal. Cuando Francisco I quiso castigar á Carlos de Borbón y á Carlos de Austria, tuvo que convocar expresamente con tal objeto á los pares. Éstos nombraban los bailíos de sus dominios, cuyo tribunal dependía únicamente del Parlamento; exceptuando uno, todos ostentaban el título de duque, que era el primero en Francia, pero ello no bastó para reconstituir su soberanía territorial. Á la antigua jerarquía de los feudatarios y de los barones, dueños del suelo, sucedió la de los príncipes—cuya importancia derivaba de su parentesco con el rey—y la de los señores, que debían la suya á los títulos cortesanos.

Introdujose la jerarquía de los títulos. La nobleza feudal se componía de altos barones justicieros, que dependían inmediatamente del rey, y de señores de menor importancia, caballeros ó simples escuderos, súbditos de los primeros. Cuando estos últi-



Cañón de la época de Francisco I

mos poseían ciudades provistas de un título de origen puramente administrativo, usaban ese título; por ejemplo, el de *conde*, que era el más corriente.

En el siglo XVI, el título de *marqués* apareció en Francia, mientras el de *vizconde* solía indicar todavía una función administrativa, desempeñada hasta por plebeyos. En otro tiempo, los Coucy y los Rohan eran célebres por su negativa á usar títulos, pero el servicio cortesano modificó aquel modo de pensar, porque era preciso determinar las diversas categorías de los cortesanos.

Anejos á los feudos, cada vez menos considerables, los títulos de nobleza se prodigaron más de día en día. Sin embargo, desde el reinado de Carlos VIII al de Enrique II no hubo en Francia más de veinte duques, incluyendo los pares, ocho marqueses, otros tantos príncipes, dos ó tres *vidamos*, ciento cincuenta condes y vizcondes nobles, sin contar los barones, mesnaderos, castellanos, señores altos justicieros, y en una escala inferior, los simples propietarios nobles de feudos y subfeudos, y otros caballeros. Al desaparecer el antiguo compañerismo de la caballería, el rey dispuso de otra ayuda: la *orden de San Miguel*, formada en sus comienzos por treinta y seis caballeros. Este número ascendió á cuarenta y aun más por la admisión de extranjeros, pues el collar de la orden se otorgaba á los reyes y señores de otros países. Los caballeros que llevaban la banda de conchas eran los primeros entre los nobles, pero también los más sujetos al rey. Por eso, los señores abandonaban las provincias que antes dirigieron, representándoles sus bailíos, y si eran funcionarios, sus lugartenientes. La realeza los fascinaba y desarmaba. La nobleza no vivía más que para servir al señor, y de casta feudal se había transformado en una aristocracia con título.



Pistola alemana después del siglo XVI (Museo de Artillería de París)

CLERO GALICANO.—Como la nobleza, el clero había de convertirse en servidor de la



Artillero apuntando una pieza (Siglo XVI)

monarquía, y á este designio respondió un acto capital, el Concordato de 1516. Por la *Pragmática Sanción* de Carlos VII, promulgada á consecuencia de los concilios de Constanza y Basilea, se subordinó la autoridad de los papas á la de los concilios. Exceptuando los derechos de *colación*, exclusivos de los *patronos de iglesia*, los obispos y los abades, eran elegidos por los cabildos é instituidos por los metropolitanos. No se pedía nada á Roma; el papa no cobraba derechos de *annatas*, *expectativas*, *gracias* ni *indulgencias*. Tampoco se pedía nada al rey, y el clero disfrutaba de sus viejas libertades galicanas, así como de sus derechos de justicia y de exención de impuestos, menos las *décimas* que concedía bajo pretexto de cruzada.

Á pesar de tales libertades, el clero se mostraba fiel al rey, formaba cuerpo con la nación, se preocupaba principalmente de las cuestiones eclesiásticas, y residía en sus diócesis, beneficios y parroquias. Aquella independencia acabó por ser molesta. El rey no podía tolerar que hubiera á su lado una institución libre. De igual suerte que creaba duques y condes, quiso nombrar obispos y abades, incluyéndoles como á los nobles entre los funcionarios del Estado. Por otra parte, el papa no descansaría hasta lograr la derogación de la *Pragmática*, funesta para su autoridad y su riqueza, porque el reparto de beneficios era para él una fuente de ingresos. Las guerras de Italia impulsaron á los reyes á complacer á los pontífices. Luis XI había derogado ya la *Pragmática*, y según decían los galicanos, aquella derogación produjo, como primer resultado, que en tres años saliese del reino una cantidad de tres millones. Accediendo á los deseos de los Estados generales, Carlos VIII mandó cumplir la *Pragmática*, y lo

CAPILLA ALFONSO X
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

mismo hizo Luis XII, aunque con intermitencias. Este monarca la confirmó varias veces, sobre todo con motivo de la convocatoria del concilio francés de Pisa, opuesto al de Letrán. Alentábale á ello la lucha contra Julio II, pero no perseveró en su política eclesiástica. Francisco I no experimentaba ningún escrúpulo en suprimir semejante documento, y deseaba, como el papa, intervenir en la administración de los catorce arzobispados, cien obispados y mil abadías del reino. Á pesar de las resistencias nacionales, compartió con el pontífice la adjudicación de aquellos beneficios; aprobado en Bolonia en 1516, el Concordato no fué registrado por el Parlamento hasta 1518, y por expreso mandato del rey.

CONCORDATO DE BOLONIA.—Francisco I y León X se habían puesto de acuerdo sin consultar al principal interesado, que era el clero francés. Según prescribía el Concordato, el rey nombraba para la prebenda y el papa confirmaba la designación, sin utilizar la cláusula que le autorizaba á rechazar al elegido por el rey en caso de defecto canónico ó de nombramiento tardío. En compensación, el papa disfrutaba de las ganancias pecuniarias que le producía el nombramiento de los sucesores de los beneficiados fallecidos en Roma, y de una parte en los nombramientos concernientes á ciertas colaciones; también cobraba las rentas de los beneficios vacantes, las *annatas* (que en tiempo de Francisco I ascendieron á 300.000 escudos), las *dispensas* y otros emolumentos. Agraviada ya en el uso de sus derechos de justicia, la Iglesia fué privada de su independencia al perder su derecho al voto.

El Concordato estableció en Francia un poder extranjero, que ligaba mutuamente al rey y al papa. Así explicóse en parte la adhesión del soberano al pontífice, durante la lucha contra Carlos V y las guerras de la Reforma. En caso de disenso entre el papa y el rey, los beneficios quedaban amenazados con la vacante y el pueblo privado de pastores; no surgieron dificultades más que en el reinado de Enrique II, en que el abuso de las recaudaciones romanas fué denunciado por Dumoulin, jurisconsulto del rey. En cambio, suscitóse á menudo la com-

petencia entre un beneficiado elegido según los cánones del Concilio, y otro nombrado por el rey. Entonces decidía el Gran Consejo. Por lo demás, la elección del rey podía ser buena, y hasta más acertada que la de los cabildos. En el siglo XVI, la corte era el centro de cultura más elevada. Los prelados del soberano eran ilustrados, y en su mayoría de opiniones liberales. Como su antecesor el obispo Bignon de Meaux, los Marillac y los Monluc, nombrados por el monarca, se sintieron partidarios de las nuevas ideas. El cardenal de Châtillon, designado obispo por el rey é instituido por el papa, se declaró francamente protestante. Pero, aunque un soplo de prudente independencia animaba en otro tiempo á todo el cuerpo de la iglesia galicana, las aspiraciones liberales no se presentaron con frecuencia más que en algunos elegidos del Concordato, á quienes hicieron perder toda medida. El nombramiento real producía abusos, y muchas veces las elecciones debíanse al favor. Los cortesanos proporcionaban á sus parientes y paniaguados beneficios que se aumentaban en la misma persona. Mientras que el cardenal Jorge de Amboise nunca regentó más que un obispado, los cardenales de Lorena acumulaban escandalosamente arzobispados, obispados y abadías. La segunda generación de Guisa poseía seis arzobispados, doce obispados y veinte abadías, repartidos entre tres prelados, dos de ellos cardenales. Los beneficios se heredaban de tío á sobrino, y se adjudicaban á seglares, á artistas y hasta á capitanes hugonotes.

EL CLERO AL SERVICIO DEL REY.—¿Cuál fué la consecuencia del nuevo estado de cosas? Los prelados no miraban hacia abajo, sino hacia arriba. Con tal de cobrar las rentas de sus beneficios, apenas se cuidaban de su administración, que solían dejar á cargo de sus vicarios. Importábanles poco sus derechos de justicia y la independencia de sus asambleas respecto al rey ni al papa. El beneficio les aseguraba la subsistencia; el servicio del rey les proporcionaba honores. De igual suerte que los barones alejados de sus castillos, los prelados, dejando sus palacios, acudían á la corte para servir y adorar al señor, desatendiendo, entre tanto, los

intereses religiosos de sus diocesanos. Tales consecuencias alarmaron á los Estados generales y al mismo pontífice; y el concilio de Trento, reunido el año 1545, intentó reformar tan enojoso estado de cosas.

Lo que perjudica á la iglesia puede ser útil al Estado. El rey encontraba en aquel clero doméstico excelentes funcionarios. Versados en el estudio del latín y de las lenguas extranjeras, provistos de los beneficios de una educación superior, se presentaban, hablaban y discutían bien. Eran modelos de consejeros, y de consejeros adictos. No ejercían influencia sobre el pueblo bajo, que seguía confiado á los frailes mendicantes y al clero de humilde condición, separado ya del alto por un abismo que sólo la Revolución había de cegar. Y ¿para qué necesitaban buscar semejante influencia? La del rey era la única que valía. Los prelados contribuyeron á dar á la corte un aspecto de dignidad, que, sin ellos, habrían corrompido la vida militar y la licencia

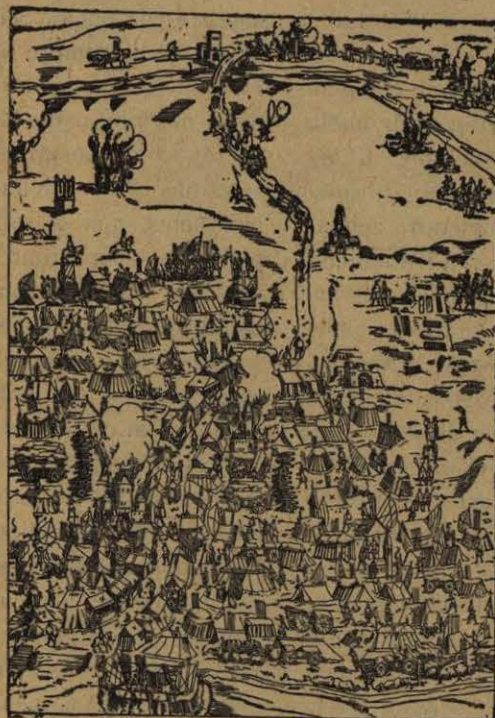
de las costumbres. Principalmente eran aptos para la diplomacia. Su conocimiento del mundo, el carácter universal de sus ideas á causa del trato frecuente con la corte de Roma, su entendimiento cultivado, eran otras tantas razones para hacer de aquellos eclesiásticos perfectos diplomáticos. En la cumbre del poder aparecieron cada vez más los cardenales-ministros, que fueron luego tradicionales en Francia. En el reino se podía ser á un tiempo ministro del rey y ministro del papa. Si la Iglesia llevaba al gobierno, el gobierno llevaba á la Iglesia, y un eclesiástico llegaba á consejero lo mismo que un consejero á prelado. En gran provecho

del rey confundíanse lo temporal y lo espiritual; el beneficio igualaba al feudo, y uno y otro servían de recompensa ó de adorno al funcionario.

BURGUESÍA MUNICIPAL.—El hombre propende naturalmente á elevarse. Satisfecha en otro tiempo con sus franquicias locales, la burguesía aspiraba ahora á salir del estrecho recinto de su población para ocupar un puesto más señalado en el reino. La intrusión de los oficiales del rey era molesta para la independencia de los antiguos municipios, administrados por regidores y consejeros, presididos por alcaldes y cónsules. Limitáronse sus derechos de justicia, y la cobranza de los impuestos se hizo en nombre del rey. Los habitantes de las grandes poblaciones, *burgueses* ó *ciudadanos*, ostentaban aún cierto relieve á causa de sus riquezas ó por la suntuosidad de sus moradas; pero los recien llegados sucedieron á los antiguos habitantes, por ejemplo, en Lyon, donde en 1525 sólo la duodécima parte de la pobla-

ción era lyonesa. Con mayor justicia, los parisienses enorgullecíanse del esplendor de su capital, cuyo ornato procuraban á la vez que pagaban su policía, disponiendo de los derechos de consumo sobre el vino para atender á sus gastos municipales.

Para satisfacer su nueva ambición, los burgueses ingresaron en la Iglesia y en la magistratura, que les proporcionaban privilegios iguales á los de la nobleza. Después de la nobleza conquistadora y feudal, se formó otra nueva nobleza, y ya en el siglo XIII ennoblecieronse muchas familias, figurando en los consejos del rey y de los príncipes. En el siglo XVI aumentó extraor-



Un campamento en el siglo XVI (De un antiguo grabado de la Biblioteca nacional de París, representando el sitio de Metz en 1552)

dinariamente el número de ennoblecidos, gracias á la influencia del dinero, que llegó á ser una potencia, y por la venalidad de los cargos, que era ya cosa corriente.

ENNOBLECIDOS Y NOBLEZA DE TOGA.—Los burgueses ricos adquirieron tierras nobles, hasta el punto de que á fines del siglo XVI habían caído en sus manos la mitad de los feudos. Desde el reinado de Luis XII compraban además las funciones públicas, y como las pagaban, se las transmitían á sus herederos. Aquellos cargos ennoblecían ó invitaban á ennoblirse. Jueces, tesoreros y médicos adquirían, por el precio corriente de trescientos escudos, ejecutorias de nobleza dictadas por el Consejo del rey. El hijo de un consejero con el tratamiento de *maestre* se transformaba en propietario feudal, simple escudero ó caballero con tratamiento de *Messire*. Ostentaba el nombre de una tierra que encubría su condición plebeya, á pesar de las Ordenanzas. Á fines del siglo XV, el mercader De Neufville compró para su hijo una plaza de consejero con la tierra de Villeroy: tal fué el origen de los duques de Villeroy, secretarios de Estado, pares y mariscales de Francia. La venalidad de los cargos acrecentó los medios de influencia de la clase media. Haciéndose hereditaria, la burguesía parlamentaria demostró mayor espíritu de cuerpo y de independencia respecto al poder. En la asamblea de 1558, los parlamentarios formaron un cuarto Estado, intercalado entre la nobleza y el tercero: así quedó creada la nobleza de toga. El rey favoreció aquella nivelación de clases. Si la magistratura era un escalón fácil para llegar á las alturas de la sociedad, también lo fué algunas veces el servicio militar. La Ordenanza de 1534 decretó que pudieran ennoblirse los buenos soldados, hijos de villanos, que sirvieran en la infantería. Los burgueses ingresaban voluntariamente como arqueros en las compañías de ordenanzas y aspiraban al grado de capitán de caballos-ligeros ó de infantería, á menos que prefiriesen la carrera de marina, como aquel Paulín, villano de nacimiento, que llegó á ser general de las galeras y barón de La Garde.

Sin introducirse en la nobleza, el ejército

ó la magistratura, la burguesía elevábase también solamente por el dinero. El comercio enriquecía y daba influjo (1).

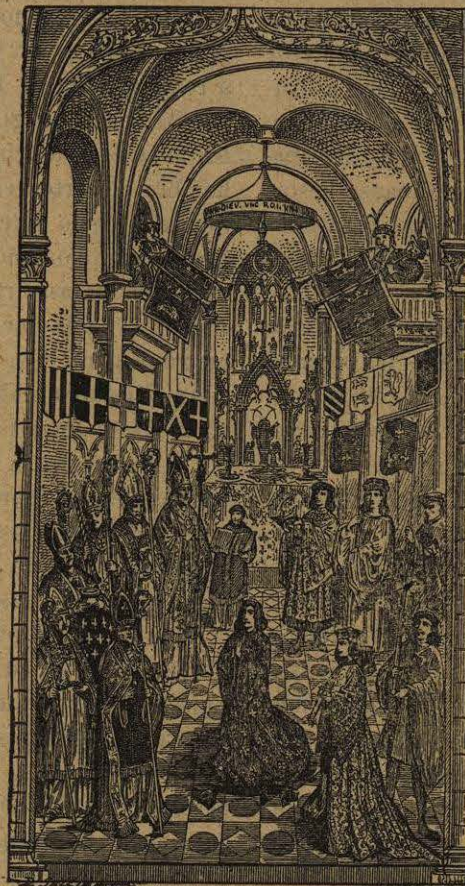
OBREROS Y ALDEANOS.—El pueblo bajo de las ciudades padecía menos que el de los campos. El obrero entraba en los gremios de oficios como aprendiz, y cuando había hecho su obra maestra, era nombrado maestro, ya por elección de éstos, ya por nombramiento del rey ó de algún gran personaje á quien el soberano concedía el privilegio de crear maestros de oficio. Semejante organización no satisfizo siempre á los obreros. Promovían huelgas, como los albañiles de Chantilly, ó motines, como los artesanos de Lyon. El rey tuvo que prohibirles que formaran cofradías ó asociaciones, que celebrasen banquetes, que se solidarizaran contra los patronos, y por último, que se declararan en huelga ó se sindicaran: en todo tiempo ha habido agitación social. La policía atendía á los pobres y se repartían limosnas públicas, tanto por caridad como por interés, á fin de evitar disturbios.

Pero el pueblo de los campos continuó á merced de los recaudadores de impuestos, de los soldados aficionados al pillaje y de los hidalgos cazadores. Y no era porque el rey dejara de preocuparse de mejorar la vida del pobre pueblo. Defendía á los siervos allí donde existían, aunque en los siglos XV y XVI apenas quedaban siervos; la Iglesia poseíalos aún, sobre todo en Borgoña. Á pesar de tan humanitarios sentimientos, era necesario sacar dinero de todas partes, y estallaron terribles revueltas cuando el rey impuso una contribución directa sobre las marismas del Oeste. La agricultura se resintió con aquellas desdichas, pues los señores, al descuidar sus tierras, se empobrecían; los alistamientos de tropas quitaban brazos á la agricultura en un país que apenas tenía tres millones de hogares; á cada regreso de una expedición militar, los aventureros llevaban una vida vagabunda, en vez de manejar el arado. Por último, lo mismo que los burgueses dirigían sus miras hacia la corte, los aldeanos suspiraban por la ciudad. Palissy lo deplora, diciendo de

(1) Véase el capítulo V.

ellos: «En cuanto reunen algún dinero, ganado trabajosamente en su juventud, se avergüenzan de que sus hijos sean labradores como ellos, y todo lo que han ganado con grandes esfuerzos, lo gastan en hacer de sus vástagos unos caballeros, que también acaban por sentir sonrojo de verse al lado de sus padres, y se enojan si los llaman «hijos de labradores».

POPULARIDAD DE LA CIENCIA: EL COLEGIO DE FRANCIA.—No significa esto que todos aquellos ambiciosos obedecieran únicamente á instintos reprobables. Con frecuencia abandonábanse los oficios para seguir el movimiento intelectual del Renacimiento. El amor á la ciencia subyugaba á los hijos de la tierra. Desarrollábase la afición á la Medicina; los médicos eran muy solicitados y solían recoger parte importante de las herencias de los príncipes. Paré debía realzar la cirugía, abandonada hasta entonces á los barberos ó á hidalgos y sacerdotes curanderos. En las universidades agotadas por la escolástica, fundábanse cáte-



Consagración de Luis XII (Cuadro del siglo XVI conservado en el Museo de Cluny)

dras nuevas y nuevos colegios para alimentar á todos aquellos hambrientos de saber que dejaban sus aldeas, como Sebastián Castellion, para estudiar en las ciudades. La facultad de Medicina de Montpellier sostuvo su reputación; las facultades de Arte y de Derecho adquirieron nuevo esplendor gracias á los humanistas y juristas que difundieron el conocimiento del Derecho romano, como Alciat y Cujas en Bourges. La mayoría de las universidades antiguas se mostraron refractarias á aquel generoso movimiento; las facultades de Teología, y en primer término la Sorbona, reaccionaron contra la nueva dis-

ciplina, mientras llegaba la época de perseguir sus doctrinas. Para formar una escuela de altos estudios independientes, Francisco I fundó, por consejo de Lascaris y Budé, el *Colegio de Francia ó Colegio de las tres lenguas*, el *Colegio de sus lectores reales*, que innovaban y descubrían. Había pensado que lo dirigiera Erasmo de Rotterdam. Se

realizó la situación de los profesores laicos, y los doctores de París, muy buscados como consejeros regios, usurparon el tratamiento de *Messire* y los privilegios de la caballería. Favorecíase á los poetas, ya en la corte, junto al trono ocupado por los descendientes del poeta Carlos de Orleans, ya en las ciudades, como Lyon y Poitiers. Todavía honraban más á las artes la nobleza de Francia que, imitando á Carlos VIII é ilustrada por la contemplación de las obras maestras de Italia, encargaba la edificación de espléndidas moradas á los artistas de la Península ó á sus colegas de Francia. Los reyes repartían abadías, pensiones y cargos de la corte entre

sus arquitectos, escultores y pintores.

LA VIDA SOCIAL; LA CORTE.—Observáronse entonces grandes cambios en la manera de vivir y en las costumbres. Finó la vida aislada y ruda de la Edad Media. Centralizando el poder, la monarquía absoluta disciplinó también la sociedad. Nobles, clero y burgueses, subyugados todos, se encontraron confundidos entre el séquito del rey, privilegiado círculo animado por el soplo vivificador del Renacimiento y refinado por la presencia de la mujer. La mujer se mezclaba con los hombres, á quienes contribuía á humanizar, aun perdiendo su prestigio de los

días medievales; la galantería, homenaje familiar, sustituyó al respetuoso culto que le tributaba la caballería. Aquel mundo nuevo, que se agrupaba alrededor del trono y que se llamaba por excelencia la *Compañía*, adoptará presto el nombre de *Corte* (corte), reservado hasta entonces al Parlamento. Á imagen de esta compañía, se organizaban en París, Lyon y otras ciudades reuniones más modestas, de cuyo seno había de surgir la sociedad de la ciudad, ó la *ville* (ciudad) propiamente dicha, y que La Bruyère distinguiría más adelante de la *Corte*. En el siglo XVI, la *Compañía* del rey constituía toda la sociedad; celebrábase fiestas y banquetes, cacerías y torneos, pero también se verificaban reuniones donde empezaba á reinar el ingenio.

Aun persistían ciertas costumbres de la Edad Media. En primer término, las ceremonias de la consagración y de la coronación, de las bodas y los funerales, de las entradas solemnes y de las visitas regias, como las entrevistas de Savona, del Campo de la tela de Oro, de Ardres, Marsella, Niza y Aigues-Mortes, como los viajes del archiduque Felipe y del emperador Carlos V á Francia. Francisco I era muy aficionado á tales representaciones, alumbradas á veces por las llamas de las hogueras de la Inquisición. Todavía estaban de moda los ejercicios físicos, los torneos, duelos, cacerías, juegos de pelota y luchas corporales. Paseábase á pie, á caballo y en barco. Los nobles jóvenes se educaban en Italia. La corte, eminentemente nómada, recorría Francia, en ocasiones á expensas de los particulares, á quienes no obstante lo prescrito por las ordenanzas, se les quitaba los caballos y se les atropellaba.

COSTUMBRES CORTESES; LA CONVERSACIÓN Y LA CORRESPONDENCIA.—Las expediciones á Italia no sólo contribuyeron á que los capitanes conocieran el esplendor de los monumentos antiguos: también les hicieron disfrutar el encanto de la vida cortesana de las pequeñas residencias de la Península. En otro tiempo, el Mediodía de Francia había vivido aquella vida cortesana, pero desapareció con motivo de la cruzada contra los albigenses. En 1500, los franceses la encontraron de nuevo con toda su magnificen-

cia allende los montes. Los italianos les censuraban su desprecio hacia las letras y las artes. Y en realidad, el rey Luis XI había estudiado mucho, pero odiaba mortalmente las Letras; decía que la ciencia le causaba melancolía. Sus súbditos opinaban que los estudios eran nocivos para la carrera de las armas. Pronto desapareció aquel desdén, debiéndose tal cambio á Francisco I y á su séquito, tan enamorado de la cultura. Su corte—á excepción de la moralidad—tendía á realizar el ideal de vida señorial trazado por Baltasar Castiglione en su libro del *Cortesano*, escrito á principios del siglo XVI. El hombre de corte debía ser un caballero tan ilustrado como valeroso, porque el Renacimiento, aun poniendo de moda á Platón, no renegaba de las virtudes de la Edad Media. También debía ser capaz de aconsejar al príncipe para bien del país. Los franceses adquirieron costumbres cultas, y la fama de su modestia, gracia y soltura se extendió por el extranjero.

Placiales ver representar, no las farsas de los mercados ó de los curiales, sino las comedias más serias de Jodelle, y las amaneradas églogas y pastorales, cuyos papeles corrían á cargo de las mismas princesas. Carlos VIII, en su expedición á Italia, y Luis XII, dentro del reino, estimularon el arte teatral; Francisco I asustóse algo de su osadía; Enrique II prohibió los misterios, pero la comedia fué perfeccionándose. Concurríase á las escenas alegóricas, á los bailes y conciertos, en los cuales se confundían las armonías de flautas, violines y laúdes, sin prescindir de la música vocal. Celebrábase reuniones nocturnas en los palacios elegantes, aunque con escasas comodidades, enriquecidos con colecciones de armas, libros y antigüedades, no sólo para jugar á los naipes y al ajedrez, sino también para conversar después del baile. Atendíase mucho á quienes sabían hablar bien y «decir chistes», y era famoso el ingenio de los Mortemart, que había de heredar Talleyrand. La vida de sociedad transcurría agradablemente en el palacio del rey y en los demás círculos que le imitaban. El monarca acostumbra á madrugar, levantándose á las cinco, y después de tomar el desayuno, trabajaba

hasta la hora de oír misa. Antes del mediodía, entre diez y once de la mañana, servíase la comida, que era suculenta, no faltando en ella las aves y la caza, y los vinos de Languedoc, Provenza y Córcega. Á continuación se celebraban las audiencias concedidas por el rey, y la reina recibía á la corte, entregándose luego á un moderado ejercicio, en el cual se corrían lanzas ó sortijas, á menos que se cazara. Después de vísperas, próximamente á las cinco, se servía la *cena*, seguida de nuevas distracciones dentro de la casa, como el baile, que alternaba con chispeantes diálogos. Por último, se tomaba la *colación* antes de acostarse, lo cual solía hacerse temprano.

Así pasaba el día un rey ilustrado y caballeresco, que todavía disponía de tiempo para estudiar y escribir. Imitando su ejemplo, los nobles no desdenaban coger la pluma para componer versos, tratados de caza y Memorias. El desarrollo del correo, que en 1508 contaba con 120 mensajeros á caballo, fomentó la comunicación epistolar, en la cual se empleaba ya cierto esmero literario. «Es privilegio de todas las artes hacer más tratables á los hombres», ha dicho Voltaire. Todavía los hace más tratables el reunirse en un terreno neutral, y ese terreno se les ofrecía en el palacio de Francisco I. Á la vista de damas y prelados, paseaban, se codeaban y conversaban los caballeros y los burgueses ricos é ilustrados, los artistas, los personajes eminentes de todas partes, franceses de Francia y del extranjero, condes borgoñeses, marqueses italianos, señores alemanes é ingleses, y mediante aquel trato se borraban las fronteras, nacía la confianza y triunfaba la humanidad. Á fines de la Edad Media y en vísperas de las guerras civiles, que despertarían salvajes odios, hubo un período brillante, en que florecieron el talen-

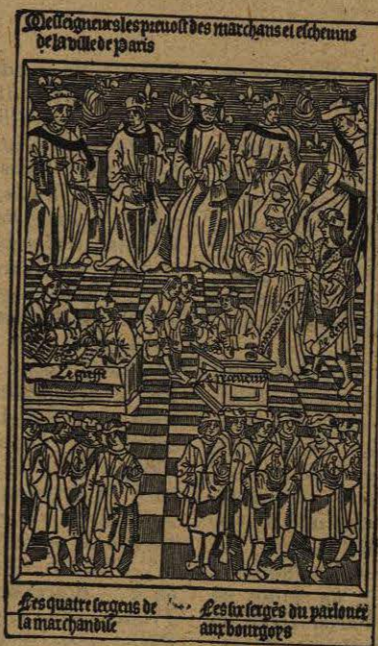
to y la gracia. Aunque la razón de Estado ó el capricho regio solía cortar de repente tan felices manifestaciones, fué aquella una época de buena voluntad y hasta de tolerancia entre los hombres. Los nombres de *hermano*, *hijo* y *compañero*, prodigados en la conversación y en la correspondencia, no siempre eran palabras vanas. Rabelais formuló el ideal de aquella sociedad al describir la abadía de Thélème.

CARACTERES DE LA ÉPOCA.—¿Correspondía la realidad á aquella sociedad de ensueño?

«La corte es la corte, como ya la conocéis, compuesta de muchas clases de gentes», escribía Antonio de Navarra; y esta frase de un rey no es un elogio de la sociedad de aquel tiempo. El libro de Rabelais, en su conjunto, constituye una tremenda sátira de tal sociedad; la historia política enseña muchas de sus miserias, y respecto á las instituciones, las actas de las asambleas de los notables y de los Estados Generales de 1558 á 1561, indican el resultado final de todas aquellas transformaciones. Por doquier oíanse las quejas contra la ruina econó-

mica del país, contra la multiplicidad y venta de los oficios, contra la venalidad de la justicia y los abusos del Concordato.

Á pesar de tales lamentaciones, lograronse muchas ventajas; por ejemplo, la centralización conseguida á costa de los privilegios de casta, en beneficio de la justicia para todos y del sentimiento nacional; la reorganización del ejército y la creación de la diplomacia, que fueron como dos escudos para Francia; y, por último, el desarrollo de la vida social paralelo al fomento del culto de las artes y hasta de la humanidad. Aunque la monarquía absoluta se fundó esclavizando á la nobleza y privando al Parlamento y al clero de sus derechos de elección, el hombre había ganado individualmente. Su espíritu ensanchóse sin limita-



Consejo Municipal de París en 1500

ción, siendo esta falta de medida el defecto del siglo XVI. Surgieron hombres nuevos; el Renacimiento actuó como el arado que revuelve la tierra para que de ella salga lo

que merece ver la luz. Así como los descubrimientos enriquecieron el espíritu humano, las transformaciones políticas y sociales contribuyeron al progreso de la cosa pública.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.—Para el estudio de las transformaciones políticas y sociales verificadas desde Carlos VIII á Enrique II, importa consultar los manuscritos de la Biblioteca y de los Archivos nacionales. Las cartas, los tratados especiales, los raros registros del Consejo del rey, conservados en la Biblioteca, son tan interesantes como los registros del Parlamento, las actas del Tribunal de Cuentas y del Gran Consejo, guardados en dichos Archivos con las colecciones de las regias ordenanzas; todavía no se han publicado las de Francisco I y Enrique II.

Entre las innumerables obras especiales impresas, indicadas en su mayor parte en la *Bibliografía* de Monod, se consultará especialmente: *Histoire généalogique*, por ANNELMÉ, París, 1726-1733, 9 vol. en folio; *Recueil des rois de France*, de DU TILLÉT, París, 1587, en folio, y 1618, en 4.º; *Recherches de France*, de PASQUIER, París, 1621, en folio; *Histoire du conseil du roi*, de GUILLARD, París, 1718, en 4.º; de la *Chancellerie*, de TONNERREAU, París, 1710, en folio; de los *Chanceliers*, de DU CHESNE, París, 1680, en folio; *Les Connétables*, de LE FERRON y GODEFROY, París, 1658 y 1688, en folio; *les Secrétaires d'Etat*, de FAUVELLET DU TOC, París, 1668, en 4.º; el tratado de *Dignités*, de GUYOT y MERLIN, París, 1786, en 4.º; de *Offices*, de GIRARD y JOLY, París, 1638, en folio; *Cérémonial*, de GODFROY, París, 1547 y 1649, en folio, etc.—Merece especial mención la colección de *Ordonnances* de 1481 á 1514, t. XIX á XXI, publicados por PASTORET y PARDESSUS con importantes adiciones, y como complemento la obra *Recueil général des lois*, de ISAMBERT, para los reinados de Francisco I y Enrique II (t. XII y XIII); *Histoire des Etats généraux*, de PICOT, París, 1870, t. I-II. Las *Relaciones* de los embajadores venecianos pueden suministrar numerosos informes.

Desde el punto de vista de las costumbres: *Il libro del Cortegiano*, de B. CASTIGLIONI, Venecia, 1633, y Milán, 1803; *Mémoires* de B. CELLINI, de B. PALISSY y el libro de RABELAIS, *Archives curieuses*, de CIMBER y DANJOU, las publicaciones del duque de LA TRÉMOILLE: *les La Trémoille pendant cinq siècles*, t. II, Nantes, 1892, en 4.º; *Inventaire de François de La Trémoille*, Nantes, 1887, en 4.º.

LIBROS.—DARESTE, *Histoire de l'administration française*, París, 1848, en 8.º—CHÉRUVEL,

Histoire de l'administration monarchique en France, París, 1855, en 8.º—BARDOUX, *Les légistes*, París, 1876, en 8.º—CONDE DE LUÇAY, *Les secrétaires d'Etat depuis leur institution jusqu'à Louis XIV*, París, 1881, en 8.º—AUCOC, *Le Conseil d'Etat*, París, 1816, en 8.º—VUITRY, *Etudes sur le régime financier*, París, 1878-1883—N. VALOIS, *Arrêts du Conseil sous Henri IV*, París, 1886, en 4.º (Introducción).—DE CRUE, *La cour de France et la société au XVI siècle*, París, 1888, en 12.º—Del mismo, *De consilio regis Francisci I*, París, 1885, en 8.º—P. PARIS, *Etudes sur le règne de François I*, París, 2 vol. en 8.º—DE MAULDE, *La diplomatie au temps de Machiavel*, París, 1892, en 8.º—J.-B. ZELLER, *La diplomatie française au XVI siècle: Guillaume Pellicier*, París, 1880, en 8.º—DE PRADT, *Les quatre concordats, 1818*—CAPOBIANCO, *Corona e palma militare di Arteglieria*, Venecia, 1598, en 4.º—DANIEL, *Histoire de la milice française*, París, 1721, 2 vol. en 8.º—PINARD, *Chronologie militaire*, París, 1760, en 4.º—BOUTARIC, *Institutions militaires de la France*.—TARDIF, *Hist. de la tactique française*, París, 1880, 2 vol. en 8.º—FIEFFÉ, *Hist. des troupes étrangères au service de France*, París, 1854, 2 vol. en 8.º—FAYE, *Etudes sur le passé et l'avenir de l'artillerie*, París, 1846, t. I—E. BORELY, *Histoire du Havre*, el Havre, 1882—GUÉRIN, *Hist. maritime de la France*, París, 1844, 2 vol.—Obras militares de ROUQUENCOURT, CARRION-NISAS, LECOMTE, ELGGER, MEYER, VERNEUIL, DEMMIN, SUSANE, JURIEU DE LA GRAVIERE; SEGESSER, *L. Pfyffer*, 1880-81, 2 volúmenes en 8.º; acerca del armamento, VIOLLET LE DUC, *Dictionnaire du mobilier*, París, 1874, en 8.º, t. V y VI—MONTEIL, *Histoire des Français des différents Etats*, París, 1858, 5 vol. en 8.º—BURCKHARDT, *Civilisation de l'Italie au temps de la Renaissance*, trad. por SCHMITT 1855—BOURCIEZ, *Mœurs polies sous Henri II*, París, 1886, en 8.º—ALBERT DESJARDINS, *Sentiments moraux au XVI siècle*, París, 1887, en 8.º—H. DE LA FERRIÈRE, *Marguerite d'Angoulême*, París, 1891, en 12.º—A. BASCHET, *Les comédiens italiens à la cour de France*, París, 1883—A. VON REUMONT, *Die Jugend Catharina's von Medicis*, 2.ª ed., 1856—LEFRANC, *Le collège de France*, París, 1893, en 8.º—F. BUISSON, *Sebastien Castellion*, París, 1892, 2 vol. en 8.º—A. RAMBAUD, *Histoire de la civilisation française*, t. I, ed. 6.ª, 1894.



CAPÍTULO V

FRANCIA

Progreso económico.—Agricultura, Industria y Comercio

(1492-1559)

I.—La agricultura

ESTADO DE LA AGRICULTURA Á FINES DEL SIGLO XV.—Como ya hemos dicho, la guerra de los Cien Años había assolado á Francia. Las provincias que se libraron de la guerra extranjera y de las luchas civiles eran las únicas que poseían ciudades florecientes y campos bien cultivados. Restablecida la paz, los aldeanos que se habían refugiado tras las murallas de las ciudades ó alistado como soldados, reanudaron sus labores. En un pueblo próximo á Soissons, el primero que se atrevió á volver á los quince años de ausencia, «no supo—dice una declaración de aquel tiempo—á quién dirigirse para arrendar una tierra, ni encontró quien le dijera á qué dueño pertenecía»; la comarca estaba desierta, como otras muchas, que poco á poco se fueron repoblando. Carlos VII y Luis XI se dedicaron—en cuanto se lo permitían las exigencias de la política—á favorecer el renacimiento de la labranza. Fue necesario que pasara toda una generación

para reedificar lo derruido y borrar del suelo las huellas de la devastación. En los Estados Generales de 1484, muchos diputados trazaron sombríos cuadros de su provincia; quizá exageraban, porque en todo tiempo los representantes de los pueblos se han inclinado á exponer los padecimientos más bien que la prosperidad de la agricultura y de la industria, cuando han aspirado á una reducción del impuesto ó á la protección del gobierno. Pero Bodin, espíritu eminente á quien no guiaba el interés personal en estas materias, decía en su *Respuesta á Malestroit sobre el encarecimiento de todas las cosas*: «Antes el país llano y casi todas las ciudades quedaron desiertas por los asolamientos de las guerras civiles, durante las cuales los ingleses saquearon las ciudades, quemaron los pueblos, hirieron, despojaron y mataron á gran parte de los habitantes, y dejaron á los demás en los huesos.»

RENOVACIÓN DE LOS CAMPOS.—Bodin añadía: «Desde hace cien años—escribía esto en 1565—se ha roturado inmensa extensión de